LA MUERTE EN LA POESIA DE DAMASO ALONSO *

Cuando no se conoce qué es la vida, ¿cómo conocer la muerte?

(CONFUCIO)

POSIBLE SOLUCION A LA SOLEDAD Y ANGUSTIA EXISTENCIALES

A lo largo de todo este capítulo vamos a ir caminando a través de sucesivos y alarmantes contrastes (¿y contradicciones?).

La muerte se nos presenta como aniquiladora de todo proyecto, pero, a la vez, como aquello sin lo cual ningún proyecto podría poseer el menor sentido. Porque la vida también destruye y construye, consume y consuma.

Dámaso Alonso tiene clara conciencia de la miseria humana y ve la existencia como algo acongojante por la soledad y angustia que le rodean. De ahí que considere en muchas ocasiones la vida como una condena y, lógicamente, la liberación de esa condena tendrá lugar gracias a la intervención de la muerte. Intervención redentora para el hombre sumido en la podredumbre vital.

El ser humano muere, en la mayor parte de los casos, muy a su pesar; morir es un luchar contra la muerte, un «agonizar». Y esa intervención redentora de la muerte la entiendo no en cuanto que se limita a dar por terminada la vida, sino en cuanto que la «realiza». La vida queda, en cierto modo, configurada por la muerte, pero no como por medio de una línea divisoria. La muerte destruye la anterior nihilidad existencial y el radical desamparo.

Adquiere para el cristiano un nuevo sentido. No es sólo un destino inevitable al que ha de resignarse o aceptar, o una condena en la que se ha incurrido a consecuencia del pecado; el cristiano muere para Dios, como había vivido para El, y esto le vale «la corona de la vida». La muerte no es una angustiosa necesidad, sino objeto de bienaventuranza, paz, reposo eterno, luz sin fin. El ansia de inmortalidad halla en Cristo su base firme y, como refiere San Pablo a los filipenses (1,21), la muerte es una ganancia puesto que —para él— la vida es Cristo.

---

* El presente trabajo es un capítulo que forma parte de un amplio estudio sobre la poesía total de Dámaso Alonso, que verá la luz próximamente.

En los poemas de «El viento y el verso», pertenecientes a *Oscura noticia* en la edición que manejo, aunque escritos en 1924, tenemos ya una profundización del tema de la existencia humana, superando y trascendiendo lo anecdótico de la vida y de la muerte. Concibiendo la vida como una copla, Dámaso Alonso expresa el sentimiento del dolor causado porque

a medio giro el cantar,
llevóse la copla el viento;

y en este contexto dice:

Morir, palabra dormida...
... Vida, cantar soñoliento (1).

Constituye el tema de la muerte una de las partes esenciales de *Oscura noticia*. Cualquier tema en él tratado (belleza de una muchacha, amor, siesta en una tarde de verano, etc...) desemboca en la consideración, más o menos directa, de la muerte:

Yo no sé si eres muerte o si eres vida (2).

Amor, amor, principio de la muerte (3).

Un chispazo fugaz, sólo un liviano
crujir en dulce pulpa estremecida,
y aprenderás, oh rama desvalida,
cuánto pudo la muerte en un verano (4).

Mortal belleza eternidad reclama (5).

Pediste plenitud; la muerte pides (6).

La muerte es la luz. ¡Qué honda
la luz del verano, amada! (7).

Aparece en estos dos últimos versos la muerte vinculada a la imagen de la luz, del calor del verano. El vínculo de asociación no es otro que el poder destructor y purificador e iluminador del fuego (de la muerte).

---

(1) «Copla», de *Oscura noticia, p. 33.* (Citaremos con las letras iniciales; v. gr., *ON, HI, HD* y *GV*, de cada uno de los diferentes libros poéticos de Dámaso Alonso, y a continuación la página correspondiente a las ediciones de la «Colección Austral» de Espasa-Calpe: de 1958 para *HI* y de 1959 para *ON* y *HD.*)

(2) «Ciencia de amor», de *ON*, 12.

(3) «Amor» y «A un poeta muerto», de *ON*, 17 y 104.

(4) «Destrucción inminente», de *ON*, 21.

(5) «Oración por la belleza de una muchacha», de *ON*, 28.

(6) «Corazón apresurado», de *ON*, 30.

(7) «Dura luz de muerte», de *ON*, 13.

Veamos la significación teológica de la muerte y la luz que proyecta sobre la existencia. El hombre es un ser que se interroga constantemente por el sentido de la vida, desde niño: ¿Qué es esto?, ¿por qué aquello?; cuando adulto: ¿Quién soy yo?, ¿adónde voy?... Preguntas a las cuales el hombre no puede hallar respuesta por sí solo; y sin embargo, dominan su existencia. El problema del sentido de la vida puede seguir atormentador e inquietante en momentos de amarga soledad y de profunda desesperación; pero esta misma cuestión se puede plantear igualmente en momentos de dicha y regocijo. Los anhelos del hombre son siempre mayores que la satisfacción que la vida le brinda. ¿Existe alguien suficientemente grande capaz de acallar las inquietudes del corazón humano? Ningún hombre se basta a sí mismo, ni somos definitivos los unos para los otros (aunque, por ejemplo, en la cópula conyugal —forma suprema de satisfacción amorosa— parezca que hombre y mujer lo son todo recíprocamente). Un anhelo de infinitud nos acosa en orden a trascender nuestra existencia: los deseos van más allá del tiempo, las esperanzas van más allá de este mundo, la voluntad de vivir es más fuerte que la muerte.

Pero la fe cristiana nos habla de la muerte como un «paso a la verdadera vida» (expresión repetida con frecuencia), la cual nos está indicando que hemos de abandonar «esta vida» que nos proporciona placeres sensoriales puestos por Dios mismo. ¿Para qué quiere el Creador que después de gustarlos y disfrutarlos los abandonemos?

La muerte, consecuencia del pecado, más que una realidad ante la que se abre una incógnita terrible, es —para el cristiano— alguien que se nos aproxima y que nos muestra la verdadera realidad del hombre y del cosmos. La teología de la muerte, lejos de proporcionar una visión triste y negativa, fundamenta la esperanza de los que tienen un *verdadero afán de vivir* (sentimiento prevalente de nuestra época y de nuestro poeta en *Gozos de la vista).* Esta teología integra expresamente el hecho de la muerte inevitable, como algo característico e importante en orden a explicar el ser y el existir humanos. H. Volk escribe: «A pesar de la inclusión expresa de la muerte en la interpretación del hombre, la fe cristiana no es prevalentemente una doctrina centrada en la muerte, como si el ser del hombre fuera sólo un ser-para-la-muerte y se distinguiera exclusivamente por esa presencia en él de la muerte. La fe cristiana que tiene como núcleo y fundamento el mensaje: 'el que murió por nosotros en la cruz vive en nosotros y nosotros en El', permite al hombre mortal no contentarse con la muerte, sino esperar y ver en Cristo la superación de ella. La fe cristiana enseña y subraya tanto la realidad de la muerte como su superación en la relación salvífica que une al creyente con Jesu-

cristo» (8). Debido al carácter definitivo de la muerte, la vida del hombre no puede repetirse, y está dirigida irrevocablemente hacia la segunda venida de Cristo, teniendo una función decisiva para la eternidad.

En uno de los sonetos más significativos de *Oscura noticia* —ha escrito Miguel Jaroslaw Flys (9)— nos enfrentamos con la idea de la muerte a manos de Dios sin más razón que la que impulsa o refrena al poeta de quebrar a su capricho una varita de avellano. Se refiere a «Destrucción inminente». Helo aquí:

¿Te quebraré, varita de avellano,
te quebraré quizás? Oh tierna vida,
ciega pasión en verde hervor nacida,
tú, frágil ser que oprimo con mi mano.

Un chispazo fugaz, sólo un liviano
crujir en dulce pulpa estremecida,
y aprenderás, oh rama desvalida,
cuánto pudo la muerte en un verano.

Mas, no; te dejaré... Juega en el viento,
hasta que pierdas al otoño agudo,
tu verde frenesí, hoja tras hoja.

Dame otoño también, Señor, que siento
no sé qué hondo crujir, qué espanto mudo.
Detén, oh Dios, tu llamarada roja (10).

Pero quizá la composición culminante sobre el tema, en este libro poético de Dámaso Alonso, sea la dedicada «A un poeta muerto». Es un gran poema no sólo desde el punto de vista estético, sino considerado desde el aliento vital y calor humano puestos por el autor en estos versos. La inspiración de Dámaso se ha cifrado en la gravedad dada al endecasílabo; abundan las interrogaciones preñadas de nostalgia, y el sentimiento originado por la muerte del amigo le hace guardar silencio sobre la anécdota que envolvió el momento trágico. (Sin referencia expresa en el texto original, se adivina la alusión a García Lorca). Gracias a las precisas aclaraciones de Dámaso Alonso, sabemos que la composición de este poema le duró bastante tiempo. En 1935 el poeta empezó a dictar las diversas impresiones causadas por la muerte de varios poetas amigos. Lorca murió al año siguiente

---

(8) H. Wolk: «Muerte», en *Conceptos fundamentales de teología*, III. Ed. Guadarrama, Madrid, 1966, pp. 148-149.

(9) Miguel Jaroslaw Flys: *La poesía existencial de Dámaso Alonso*. Ed. Gredos, Madrid, 1969, p. 128.

(10) *ON*, 21.

y se añadieron fragmentos alusivos: así la caracterización de su poesía en la primera parte y la evocación de la vega granadina en la segunda.

Hay en *Hijos de la ira* un poema —al que he de referirme más adelante— en el que se expresan diversas actitudes humanas en el momento de trasponer el umbral de la vida.

Al decir arriba que la muerte era la *posible* solución de la existencia angustiada no quería más que arriesgar la multiplicidad de enfoques que se pueden dar a este tema, constante en la literatura universal. Cabe la posibilidad de que en una obra se encuentren afirmaciones al parecer contradictorias cuando quizá no haya más que diversidad de sentimientos, nacidos de diferentes momentos espirituales (depresivos o entusiastas), que hacen entrar en crisis toda una escala de valores. Porque el temperamento del artista es conflictivo, «agónico».

En la meditación existencial de Dámaso Alonso la muerte es la fase culminante que ofrece solución al más profundo de los enigmas planteado en sus libros poéticos.

Si ya en los *Poemas puros* la muerte era tenida como el descanso merecido y deseado, esa misma consideración persiste en *Oscura noticia*. «Y esa rosa que llevas en la mano / es la rosa del mundo de los muertos» le dice al poeta amigo en una visión ultraterrena como si traspasara el dintel postrero del misterio.

«Raíces del odio» contiene una visión imaginativa de gran valor poético:

> *¡Y esas luces moradas,*
> *esos lirios de muerte, que galopan,*
> *sobre los duros hilos de los vientos* (11).

«Oh pobre ser, igual, igual tú y yo» exclama el poeta ante el moscardón azul. Y como el poeta se ha identificado con el animalito, asume igualmente la descripción del destino del ser después de la muerte:

> *Y fuiste cosa: un muerto.*
> *Sólo ya cosa, sólo ya materia*
> *orgánica, que en un torrente oscuro*
> *volverá al mundo mineral. ¡Oh Dios,*
> *oh misterioso Dios,*
> *para empezar de nuevo por enésima vez*
> *tu enorme rueda!* (12).

Respecto de las diversas experiencias de la muerte no podemos hablar en detalle. ¿Quién ha experimentado la suya propia? Y si las

(11) *HI*, 131.
(12) «Elegía a un moscardón azul», de *HI*, 72.

muertes ajenas representan algo es en cuanto que nos afectan por un desgarrón del sentimiento. De ahí que los niños permanezcan extrañamente indiferentes ante el cadáver de sus familiares. Lo que no podemos conocer por medio de la experiencia de la propia muerte ¿nos podrá ser revelado por la muerte de otro? Cuando se nos muere un ser querido, experimentamos la más completa ausencia, quedamos decepcionados, abandonados, doloridos por el sufrimiento de la comunicación perdida y captamos la infinitud de nuestra existencia.

Un enorme silencio nos circunda:
un mundo en omisión, un gran sudario.
¿Has muerto, di? ¿Te sueño yo, en la muerte?
El agua del espejo, más helada,
nos dice la verdad: somos los muertos.
Somos nosotros los perdidos, vamos,
muertos de ti, con luto de tu sombra,
a tientas de tu rastro, dando voces
a una ausencia, preguntas a un olvido.
Vacías estructuras funerales,
oh, cuán inexorablemente, cierran
un horizonte rojo. Nuestra angustia
quiere tu densa voz y tu sonrisa:
vacío, soledad, silencio, sombra.
A una oquedad sin puerta preguntamos,
a un alcázar de pausas siempre mudo (13).

«La muerte es la ausente presente» decía Landsberg. En el sentido de que la muerte propia y la de otro se unen al final exactamente, pues nadie muere si no muere al mundo, y el mundo no puede morir sin que uno no muera con él. Aunque es cierto que nunca puede decirse, en el caso de que uno viva su propia muerte o asista a la de otro, quién es el que «muere» verdaderamente: si el muerto o el vivo. En la pérdida de un amigo, igual que en la muerte propia, morimos juntos, como también hemos existido juntos. «El ser-con se completa con el morir-con, muerte recíproca más bien que muerte común, muerte compartida, muerte interdependiente, muerte ante la que estamos completamente solos, en el plano humano y, a la vez, totalmente seguros de que no estamos solos, y de que el mundo está lleno de presencias» (14). El hombre no muere totalmente solo, dado que es un elemento de la Naturaleza, un miembro de la sociedad.

En «Preparativos de viaje» (título metafórico eufemista para hablar de los horrores de la agonía humana), donde se presentan distintas ac-

---

(13) «A un poeta muerto», de *ON*, 94.

(14) J. Guillaumin: Artículo en el libro *La muerte y el hombre del siglo XX*. Ed. Razón y Fe, Madrid, 1968, p. 81.

titudes de los moribundos, los vemos a éstos en tensa expectativa ante el nuevo panorama que se les avecina: unos, estupefactos; otros, con gesto de desprecio y con despectiva indiferencia; algunos, con angustia; otros, maldiciendo y escupiendo al Dios que los hizo; algunos, llamando con débil voz a sus madres...

Y es muy frecuente
que el moribundo hable de viajes largos,
de viajes por transparentes mares azules, por archipiélagos remotos,
y que se quiera arrojar del lecho
porque va a partir el tren, porque ya zarpa el barco.
(Y entonces se les hiela el alma
a aquellos que rodean al enfermo. Porque comprenden) (15).

Y todos los muertos se quedan con los ojos abiertos, «desmesurados ante el espanto último»; tienen una mirada triste y profunda; fijan para siempre la mirada suspensa en las pupilas que se abren a otra luz, en frase de Concha Zardoya (16).

El problema de la muerte humana siempre ha interesado al hombre, pues todo su ser se encuentra cuestionado en ese momento. A la luz de la fe recibe una respuesta positiva el fenómeno radical que la muerte le plantea. La decisión personal última adquiere pleno sentido cuando el hombre ha sido fiel a las exigencias concretas que la vida le ha planteado. Entonces recibirá de Dios la interpretación definitiva de su vida a través de la muerte y precisamente por ella.

Todos son iguales (???), traspasada la barrera de la muerte, y en punto de igualdad les interrogará el poeta:

Ah, muertos, muertos, ¿qué habéis visto
en la esquinada cruel, en el terrible momento del tránsito?
Ah, ¿qué habéis visto en ese instante del encontronazo con el
[camión gris de la muerte?
No sé si cielos lejanísimos de desvaídas estrellas, de lentos come-
[tas solitarios hacia la torpe nebulosa inicial,
no sé si un infinito de nieves, donde hay un rastro de sangre, una
[huella de sangre inacabable,
ni si el frenético color de una inmensa orquesta convulsa cuando
[se descuajan los orbes,
ni si acaso la gran violeta que esparció por el mundo la tristeza
[como un largo perfume de enero,
ay, no sé si habéis visto los ojos profundos, la faz impenetrable.
Ah, Dios mío, Dios mío, ¿qué han visto un instante esos ojos que
[se quedaron abiertos? (17).

---

(15) *Hl*, 40.
(16) Concha Zardoya: *Poesía española contemporánea*. Ed. Guadarrama, Madrid, 1961, p. 417.
(17) *Hl*, 41.

Comenta estos versos Elsie Alvarado de Ricord: «En este último período en que se pasa de lo particular a lo universal, las visiones que el poeta quiere adivinar se expanden también hasta un espanto cósmico en que el prefijo *in* de varios de los adjetivos habla de lo que no tiene medida, ni fin, ni acceso, por lo que el hombre, al desprenderse de un mundo aunque hostil, humano y cálido por el afecto de los allegados, se ve arrojado de pronto sin fuerzas y sin lugar de apoyo, al terror de otro mundo, donde no han de valerle los sentidos» (18). Son versos larguísimos, con palabras polisílabas, que crean sensaciones de inmensidad.

Por mucho que levantemos un muro que nos oculte lo que no queremos ver, ahí está, inevitable, el «espectáculo de la muerte». No podemos imaginarnos nuestra propia muerte, y, a cambio, vemos cada día la muerte de otro. Y nos nacen, como arbustos indomables, en nuestro interior, multitud de interrogantes. Y preguntamos a los que caminaron a nuestro lado qué han visto «en este instante con el encontronazo con el camión gris de la muerte». Y no obtenemos respuesta. Y surge, desde lo hondo, el grito: «Ah, Dios mío, Dios mío, ¿qué han visto un instante esos ojos que se quedaron abiertos?». Esta pregunta formulada en el verso final angustiosamente queda sin respuesta. Incluso y a pesar de que la balanza se inclinará al otro platillo del contraste, en *Hijos de la ira* aparecen fragmentos en los que la muerte es el lugar merecido y deseado, donde se permanecerá tranquila e inmutablemente, disuelto el hombre en la gloria de Dios. «La muerte que miráis como el último de vuestros días, es el de vuestro nacimiento para la eternidad», decía Séneca.

PRIMER CONTRASTE (PLANO DESCRIPTIVO): EXISTENCIA AGONICA - «MUERTOS NITIDOS»

Una de las características más claras y patentes en la obra damasiana es la propensión a oposiciones, contrastes y contradicciones. Himnos e improperios, luces y sombras, podredumbre y belleza, ceguera y luz, etcétera, se mezclan en la poesía de Dámaso Alonso como se mezclan en nuestra vida. «Así alterran en su ánimo la furia y la ternura, fase sombría y fase iluminada, o bien rugiente oleaje que al estallar besa con humildad la arena» (19).

Y el más fuerte de los contrastes es aquel en el que se enfrentan luz y sombra, que es tanto como decir muerte y vida. Unamuno recetaba la lucha aun sin esperanzas de victoria («peleemos quijotesca-

(18) Elsie Alvarado: *La obra poética de Dámaso Alonso*, Ed. Gredos, Madrid, 1968, p. 112.
(19) E. Alvarado: *Op. cit.*, p. 80.

mente»). Intelectualmente uzgada, esta lucha es locura: «Locura tal vez —dice Miguel de Unamuno— y locura grande, querer penetrar en el misterio de ultratumba; locura querer sobreponer nuestras imaginaciones, preñadas de contadicción última, por encima de lo que una sana razón nos dicta» (20).

En «Dura luz de muerte», perteneciente a *Oscura noticia*, vemos a la muerte acechar a la vida de nuestro poeta, y cómo Dámaso se aferra a la existencia, siquiera sea por la contemplación simultánea de la naturaleza:

Porque aún tene sombra el álamo
y flores hay en la zarza,
y el agua aún brota, y dos ojos
mudos —ay, amor— me hablan.

.....

¡Piedad! ¡Aléame, tierra,
mi destrucción, mira, aún cantan
los pájaros junto al cauce,
trémulo viento en las cañas!

En las hojas de los álamos
—si es que temblan, si es que paran—
hay entre juegos de brisa
un frenesí de esperanza.

Y hay, amor, en tus tristes ojos,
¡qué tierna luz tamizada,
cómo me llama la vida,
qué imperiosamente me llama.

mientras deshila la acequia
—cañaveral, arpa y flauta—
su dulce engaño de música,
su piadoso engaño! ¡Gracias...! (21).

«A un poeta muerto» contiene las visiones contrastadas del mundo de los vivos y el de los muertos (22). Junto a la congoja y dolor causados por la muerte del ser cuerido, aparecen las más enternecedoras imágenes de la muerte que «tiene amores de madre» y es «dulce, leal enamorada, sin engaño». Y, sin embargo, «los mortales temblamos a sus luces».

---

(20) Miguel de Unamuno: *Ensayos*, v. II. Ed. Aguilar, Madrid, 1945, p. 940.

(21) *ON*, 14-15.

(22) No hace falta recordar la diametral diversidad de la postura damasiana con la de Rubén Darío, en aquellos versos que dicen: «Y la vida que tienta con sus frescos racimos / y la muerte que aguarda con sus fúnebres ramos.»

Es con los poemas de 1944 cuando aparecen los contrastes en la poesía de Dámaso Alonso con caracteres fuertemente angustiosos: se desea la muerte y se tiene miedo a morir:

Ay, raudo corazón, cómo me hieres
con tu batán de mazas voladoras.
¿Qué torcedor, qué furias destructoras
mandan que hacia tu ruina te aceleres? (23).

Expresan estos versos la angustia ante la muerte que oprime al hombre.

☆

El tema de la existencia agónica está tratado en ese excepcional poema de *Hijos de la ira*, titulado «Mujer con alcuza». Es una parábola siglo XX que hace transparente la condición humana referida al vivir cotidiano; su expresión lírica adquiere tonos dramáticos al tratar de expresar el sufrimiento que rodea la existencia del hombre. Aquí la vida es concebida como viaje, y ese camino hacia la estación final va manifestándose progresivamente por la cargazón de la memoria que, en la vejez, ata al hombre a su pasado y retarda su paso:

¿Es que le pesan, es que le cuelgan del cerebro
sus recuerdos de tierra en putrefacción,
y se le tensan tirantes cables invisibles
desde sus tumbas diseminadas? (24).

Dámaso Alonso a la vez que considera la existencia humana «agónica», los muertos son diáfanos, nítidos, inmortales, luz y vuelo glorioso. Veamos estos versos del poema «En el día de difuntos»:

¡Oh! ¡No sois profundidad de horror y sueño,
muertos diáfanos, muertos nítidos,
muertos inmortales,
cristalizadas permanencias
de una gloriosa materia diamantina!
¡Oh ideas fidelísimas
a vuestra identidad, vosotros, únicos seres
en quienes cada instante
no es una roja dentellada de tiburón,
un traidor zarpazo de tigre! (25).

¿No será ésta la solución brindada por el autor ante el problema de la angustia existencial? Porque

---

(23) «Corazón apresurado», de *ON*, 30.
(24) *HI*, 66.
(25) *HI*, 25.

Ah, nosotros somos un horror de salas interiores en cavernas sin fin,
una agonía de enterrados que se despiertan a la media noche,
un fluir subterráneo, una pesadilla de agua negra por entre minas
[de carbón,
de agua triste, surcada por las más tórpidas lampreas,
nosotros somos un vaho de muerte,
.....
monstruosas, tristes, enlutadas amebas (26).

Y así llegará a decir a los muertos que son «presencias que alentáis mi esfuerzo amargo», y

me vuelvo a vosotros, criaturas perfectas, seres ungidos
por ese aceite suave,
de olor empalagosamente dulce, que es la muerte (27).

La paradoja «muertos inmortales» tiene un posible valor teológico. Casi todas las civilizaciones consideran al difunto como promovido a un estado superior, colocado —al menos idealizadamente— por encima de la vida presente. Consideración de Foillet (28): «Del mismo modo que la rigidez cadavérica sobreviene a los muertos, otra rigidez deja a los vivos como fijos en una actitud respetuosa ante el misterio de la promoción de la muerte». La muerte es una de las realidades más acompañantes, mas no nos es incierta (?) y desconocida. Tiene su dialéctica interna; dijo Landsberg que es la presencia ausente, mientras que el muerto es la ausencia presente. Se ha entendido la muerte como un paso; dado ese paso, ¿los muertos desaparecen totalmente, continúan su vida en un mundo alejado del nuestro, permanecen entre nosotros con una presencia oculta, incomprensible, trascendente? No es propiamente una ausencia, puesto que ambos mundos (el de los vivos y el de los muertos) se compenetran.

La muerte es un paso. La eternidad, por todos ansiada, no llega tras la muerte, sino por la muerte.

Y, ausente, miro tanto y tanto muerto
donde piadosamente os han sembrado
con esperanza de cosecha inmortal (29).

Sólo allí donde hay muerte puede existir la vida,
oh muertos inmortales (30).

... que la muerte es el único pórtico de tu inmortalidad (31).

---

(26) *HI*, 30-31.
(27) *HI*, 20.
(28) J. Foillet: Artículo en el libro *La muerte y el hombre del siglo XX* (del grupo Lyonnais), anteriormente citado, p. 148.
(29) «En el día de difuntos», de *HI*, 29.
(30) *HI*, 30.
(31) «Dedicatoria final (Las alas)», de *HI*, 156.

La muerte es el fruto preciso al final de la vida. Y definitivo. Entendida de este modo, la angustia existencial producida por la muerte sería incomprensible si la estructura fundamental de nuestro ser no contuviera el postulado de un «más allá». Pero no es un nivel meramente natural, pues no sería saciativo, sino de inmortalidad e incorruptibilidad y, por tanto, algo sobrenatural y transnatural. La vida, por consiguiente, se explica por la muerte; es más: se constituye por la muerte, «pórtico de la inmortalidad». Finaliza su libro *El sentido de la muerte*, José Ferrater Mora con esta frase: «...Por eso el sentido de la muerte, se encontraba, en cierto modo, en la posibilidad de que hubiera una realidad que, al final, pudiese trascender de ella y hacerse inmortal y, con esto, hacerse libre» (32).

SEGUNDO CONTRASTE (PLANO EMOTIVO):
ENVIDIA A LOS MUERTOS - MIEDO A LA MUERTE

El segundo contraste que apunto es el que hay entre la envidia a los muertos, que han escapado de la vida absurda y sin sentido, y entre el miedo a la muerte.

Mira que huyes del tiempo, cuando huyes.
Pediste plenitud: la muerte pides.
No el tiempo, sí mi tiempo condensabas (33).

Es la idea de muerte como plenitud que, más adelante, empalmará con la del amor como fuerza divina: «el hombre es amor y Dios habita dentro» (34).

En la cancioncilla de los poemas de juventud publicados en *Oscura noticia* (35), en un tono folklórico Dámaso Alonso dice:

morir quisiera en el viento,
como la gente de mar
en el mar.

Me podrían enterrar
en la ancha fosa del viento.

Oh, qué dulce descansar,
ir sepultado en el viento,
como un capitán del viento;
como un capitán del mar,
muerto en medio de la mar.

---

(32) José Ferrater Mora: *El sentido de la muerte*, Ed. Suramericana, 1947, p. 348.
(33) «Corazón apresurado», de *ON*, 30.
(34) «Hombre y Dios», de *HD*, 123.
(35) *ON*, 83.

Hay en el poemario *Hijos de la ira* una «ranita verde» (el hombre) que siente un ansia de inmortalidad, pero que comprende, gracias a multitud de experiencias vitales, que la alcanzará después de la muerte. Pero ¿cómo lo logrará? Eso lo ignora. ¿Tendrá que unirse a la gran fuerza bullente y creadora, perdiendo en personalidad individual? ¿O se podrá unir (a Dios) sin perder su propio yo?

El alma era lo mismo
que una ranita verde,
largas horas sentada sobre el borde
de un rumoroso
Misisipí.
Desea el agua, y duda...
.....
Y duda y duda y duda la pobre rana verde (36).

Los primeros versos de la tercera parte del poema dedicado a un poeta muerto rezan así:

Morir es aspirar una flor nueva,
un aroma que es sueño y nos invade
como un agua densísima. La Noche
acoge dulcemente a los vencidos (37).

Sí; la noche acoge dulcemente a los vencidos, que son los muertos. Y la noche es la nada absoluta: «Oh, la noche absoluta. / Los mortales temblamos a sus luces». La noche, la muerte, la nada producen un enorme pavor con acentos desolados. Allí todo resulta incierto; pero el horror le lleva a un deseo de una noche (muerte) que acoja, con amores de madre, a los vencidos. Y entonces, sosegado, podrá sentir el beso que le haga feliz.

Oh qué felicidad cerrar los párpados
y entregarse a ese beso, el más hermoso
beso de nuestra vida (38).

Una de las tensiones, de las luchas, de las «agonías» (en sentido etimológico) que sufre el ser humano es la que se origina del ansia de muerte y el ansia de vida. Y aunque la muerte sacia el ansia de «ser», es «terrible diosa de ojos dulces». He aquí el comentario de Luis Díaz Marques: «Porque destruye al individuo que pasa a incorporarse a la única fuerza inmortal, la fuerza cósmica, Dios, como simple

(36) «El alma era lo mismo que una ranita verde», de *HI*, 107.
(37) *ON*, 101.
(38) *ON*, 102.

materia inorgánica y, si adquiere la inmortalidad, es a costa de la pérdida de su «yo», del anonadamiento de su ser como persona viva» (39).

En *Hijos de la ira*, en dos poemas cercanos, tenemos una diversa ansiedad: mientras «En el día de difuntos» contiene un ansia de muerte, pues la vida es monstruosa, cruel y fugaz, «Mujer con alcuza» describe a la mujer que anhela seguir viviendo a pesar de ese

ansia turbia, de bajar ella también
de quedarse ella también,
ay,
para siempre partir de nuevo con el alma desgarrada,
para siempre dormitar de nuevo en trayectos inacabables (40).

La mujer avanza por la acera con la aicuza en la mano, empujada por una estúpida fuerza sin pupilas a la que llama Dios y a quien se dirige angustiadamente en busca de amarras.

Va despacio arrastrando los pies,
desgastando suela, desgastardo losa,
pero llevada
por un terror
oscuro,
por una voluntad
de esquivar algo horrible (41).

De esquivar la muerte, la destrucción total, el no-ser, la nada. Esa mujer, a pesar de todo, quiere seguir viviendo; a pesar incluso de ir «curvada como un signo de interrogación».

☆

El miedo a la muerte es algo instintivo, diríase invencible. «Los mortales temblamos a sus luces». La muerte eludida es la actitud más frecuente, aunque no se formule explícitamente. Más o menos consciente, más o menos reflexivamente, la convicción personal es la de que la muerte paraliza, extingue, anula la vida. Y, consiguientemente, el sólo pensamiento en la muerte resta energías vitales. (Aranguren (42) propondrá diversos modos de eliminar la «preocupación de la muerte», ya que no se puede eliminar el «hecho de la muerte»). Oigamos a nuestro poeta:

---

(39) Luis Díaz Marques: «La temática en la poesía de Dámaso Alonso», en *Cuadernos hispanoamericanos*, 209 (1967), p. 251.

(40) *HI*, 64.

(41) *HI*, 61.

(42) Cfr. J. Luis López Aranguren: *Etica*, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1968, p. 478.

Otros
voltean la cabeza a un lado y otro lado,
sí, la pobre cabeza, aún no vencida,
casi
con gesto de dominio,
como si no quisierar perder la última página de un libro de aventuras,
casi con gesto de desprecio,
cual si quisieran
volver con despectiva indiferencia las espaldas
a una cosa apenas si entrevista,
mas que no va con ellos.

Hay algunos
que agitan con angustia los brazos por fuera del embozo,
cual si en torno a sus sienes espantaran tozudos moscardones [azules,
o cual si bracearan en un agua densa, poblada de invisibles me- [dusas (43)

Es «Preparativos de viaje» un poema totalmente alegórico donde la muerte no se nombra directamente y es lo más terrible para el hombre. Se trata, como vemos en la conversación de cada día, de esquivar, mediante perífrasis, ese nombre de una realidad tan amarga como dolorosa. Un ochenta por ciento de los poemas que constituyen *Oscura noticia* incluyen la palabra «muerte». Y precisamente el titulado «La muerte» evita el vocablo:

No la temas. Los vientos han cedido.
... ...
... Cuando la enorme fuerza nos arrastra,
cuando la fría máquina sin sangre
hacia otro sol más fuerte nos inmola (44).

La muerte será el «último enemigo» —según José María Cabodevilla (45)— y el penúltimo será el temor a la muerte, temor que podemos combatir con las armas de la Esperanza. Fruto de una catequesis insuficiente, hemos tenido un horroroso temor a la muerte (y a Dios) y hemos perdido, o no hemos conseguido el sentido esclarecedor de la misma, que es la que restablece el equilibrio entre el hombre y Dios. El poeta trata de borrar el miedo de la madre ante el terrible momento del tránsito, diciendo:

No tengas miedo, madre. Mira, un día ese tu sueño cándido se te hará de [repente más profundo y más nítido.
Siempre en el bosque de la primer mañana, siempre en el bosque nuestro.

(43) «Preparativos de viaje», de *HI. 39.*
(44) *ON*, 29.
(45) José María Cabodevilla: *32 de diciembre*, ed. Bac, Madrid, 1969, p. 35.

Pero ahora ya serán las ardillas, lindes, veloces llamas, llamitas de verdad;
y las telas de araña, celestes pedrerías;
y la huída de corzas, la fuga secular de las estrellas a la busca de Dios.
Y yo te seguiré arrullando el sueño oscuro, te seguiré cantando.
Tú oirás la oculta música que rige el universo.
Y allá en tu sueño, madre, tú creerás que es tu hijo quien la envía. Tal vez
[sea verdad: que un corazón es lo que mueve al mundo.

Madre, no temas. Dulcemente arrullada, dormirás en el bosque el más
[profundo sueño.
Espérame en tu sueño. Espera allí a tu hijo, madre mía (46).

CODA

El miedo a la muerte lo motiva la incertidumbre de lo que se oculta tras ella. Detrás del símbolo que aparece en los versos de «Muerte aplazada» (47), se adivina la visión poética de un jardín irreal del «más allá»:

Y flotan voces laxas,
dulces lamentos y veladas músicas.
Anchísima avenida
en hondura sin tiempo se diluye.

Ya hemos aludido en este apartado a «Preparativos de viaje». En esta composición de *Hijos de la ira* se nos describen inciertamente los paisajes de la muerte:

No sé si cielos lejanísimos de desvaídas estrellas, de lentos cometas solita-
[rios hacia la torpe nebulosa inicial,
no sé si un Infinito de nieves donde hay un rastro de sangre, una huella de
[sangre inacabable,
ni si el frenético color de una inmensa orquesta convulsa cuando se descuajan
[los orbes,
ni si acaso la gran violeta que esparció por el mundo la tristeza como un
[largo perfume de enero,
ay, no sé si habéis visto los ojos profundos, la faz impenetrable (48).

Inmediatamente antes, un oscuro sentimiento de terror derrotaba al moribundo y el poeta interrogaba desesperadamente sobre el «más allá»:

Ah, muertos, muertos, ¿qué habéis visto
en la esquinada cruel, en el terrible momento del tránsito?
Ah, ¿qué habéis visto en ese instante del encontronazo con el camión
[gris de la muerte?

(46) «La Madre», de *HI*, 83.
(47) *ON*, 89-90.
(48) *HI*, 41.

Preguntas a las que no obtenemos respuesta y que suponen un instante en el que el que muere, como el que sube a la cima de una montaña, ve dos laderas: el mundo de nuestra realidad que en ese momento abandona, y el otro mundo en el que entra. El hombre es un ser monstruoso en vida y en muerte. Así exclamó ante el poeta muerto: «Amor, amor, principio de la muerte.» Y en el verso final estampó ese epitafio tan desorientador, sobre todo para el creyente: «Ya es inmortal, ya es dios, ya es nada». El hombre después de la muerte se constituye en inmortal, dios en cierto modo. Pero ¿ser «nada»? (!!!).

La tan repetida imagen del pozo oscuro sin fondo es la gráfica de la «nada», que causa angustia; y la muerte se ve como un hundimiento en ese vacío total.

El pavor que siente el hombre, originado por la incertidumbre acerca de lo que nos espera tan pronto como traspasemos el trance mortal, le hace hablar a nuestro autor de un viaje negro, de poza del espanto, de un caer y caer siempre:

Lo que yo siento es
un horror inicial de nebulosa;
o ese espanto al vacío,
cuando el ser se disuelve, esa amargura
del astro que se enfría entre lumbreras
más jóvenes con frío sideral,
con ese frío que termina
en la primera noche, aún no creada;
o esa verdosa angustia del cometa
que, antorcha aún, como oprimida antorcha,
invariablemente, indefinidamente,
cae,
pidiendo destrucción, ansiando choque.
Ah, sí, que es más horrible
infinito caer sin dar en nada,
sin nada en qué chocar. Oh viaje negro,
oh poza del espanto:
y, cayendo, caer y caer siempre (49).

y luego:

Las sombras que yo veo tras nosotros,
... ...
son el terror oscuro,
ese espanto en la entraña
de todo lo que existe
(entre dos noches, entre dos simas, entre dos mares).

(49) «A Pizca», de *HI*, 87-88.

De todos los poemas de Dámaso Alonso será probablemente «Soledad en Dios» (50) el que alcanza mayor profundidad metafísico-religiosa.

Clavado en él, sin tiempo ya, sin nombre.

Furia y espanto, en soledad, conmigo,
mi duro Dios, mi fuerte Dios, mi solo
Dios, tú la inmensa soledad del hombre.

Tenemos al hombre, trasportado al más allá, a solas con Dios. «Peleemos quijotescamente», dijo el catedrático de Salamanca. Sólo así la vida será soportable: «Y sin embargo... hay que creer en la otra vida, en la vida eterna del más allá de la tumba, y en una vida individual y personal, en una vida en que cada uno de nosotros sienta su conciencia y la sienta unirse, sin confundirse, con las demás conciencias todas en la Conciencia Suprema, en Dios; hay que creer acaso en esa otra vida para poder vivir ésta y soportarla y darla sentido y finalidad» (51). La locura de la lucha, de la «agonía» (52), le hacía preguntarse a don Miguel por qué ha de tener más razón la cabeza al negar el más allá, que la voluntad de no morir. Esto constituye para Unamuno el camino hacia la fe en la inmortalidad. En la oposición entre cabeza y corazón (negando y afirmando respectivamente la inmortalidad) no se trata de ver quién tiene la razón. La instintiva resistencia sicológica del hombre a la idea de naufragio total, no proviene del miedo y ha de ser interpretada como reflejo de la semilla de inmortalidad intrínseca en el hombre. La creencia cristiana en la ultratumba no aparecía explícitamente en *Oscura noticia*. En *Hijos de la ira* vemos cómo el autor quiere creer. Y ya en *Hombre y Dios* cree en la inmortalidad, cuando el hombre quede a solas con Dios, «clavado en él, sin tiempo ya, sin nombre».

TERCER CONTRASTE (PLANO IDEOLOGICO): SOLUCION A LA ANGUSTIA - CAUSA DE PROFUNDA ANGUSTIA

En la poesía que estamos estudiando, la muerte se nos presenta como solución a la angustia existencial y, a la vez, como causante de profunda angustia.

Si la muerte es solución a algo es cuando hay fe. Considerada en fría visión, la muerte es un caos. La muerte es, sin duda ninguna,

(50) *HD*, 144.

(51) Unamuno: *Op. cit.*, p. 941.

(52) «¡Escucha, oh Dios, su agonía! / ¡Oh Dios, oye su clamor!», dice Dámaso Alonso en unos versos de *ON*, *48*, refiriéndose a Unamuno.

el fenómeno más universal que conoce el hombre. Todo el mundo da por sobreentendido que hay que morir y llega pronto a considerarlo natural. Y, sin embargo, en el interior de todo hombre se fragua una protesta secreta contra la muerte y surge un tremendo horror hacia ella. Una antropología metafísica no puede explicar este hecho. Porque si la metafísica reconoce la inmortalidad debido a que el hombre es un ser en parte espiritual, no se ve claro por qué teme el ser humano tanto a la muerte, a no ser que el terror a morir se degrade a una mera expresión del instinto de conservación corporal (vital), y con esto se falsificaría fundamentalmente el problema capital de la angustia producida por la muerte.

El hombre cristiano con esperanza escatológica espera a Dios al otro lado de la muerte. ¡Desdichado el ser humano si Dios fallara! Sería una catástrofe. Ya los estoicos y epicúreos entendían que pasar por la muerte era como pasar por una puerta: *patet exitus*, anotó Séneca.

Pero el fervor exultante del cristiano hace, a veces, que se dé poca importancia al momento intermedio de la dialéctica vida-muerte-supervivencia. El acentuar —fruto de la revalorización— en la praxis cristiana la fe en la supervivencia, puede ser una manera sutil de eludir la lógica y comprensible gravedad existencial del momento único de la muerte. Traspasado el umbral de la misma, tendrá lugar el encuentro con el amor —la *fruitio* de los teólogos—; pero no olvidemos que ese momento tiene su precio: el trago amargo de la muerte (53). Era San Juan de la Cruz quien hablaba de la rotura de «la tela de este dulce encuentro» y también de «los aprietos de la muerte».

Vemos en el poema «La isla» cómo, simbólicamente, el poeta ansía desaparecer en Dios (la isla en el mar), para enrolarse en la fuerza eterna que crea y «destruye» a los mortales:

Desflécame, desfleca tu marea surgente, aviva, aviva su negro
[plomo,
rómpela en torres de cristal, despicala
en broncos maretazos
que socaven los rotos resalseros,
desmantela ciclópeos rompeolas, osados malecones,
rompe, destruye, acaba esta isla ignorante... (54)

La vida del hombre sobre la tierra ofrece la posibilidad de gozar de algunos placeres sensoriales y espirituales (lo veremos al hablar

(53) Cfr. José Luis López Aranguren: *Op. cit.*, p. 484.
(54) *HI*, 139.

de «Gozos de la vista»); y «la muerte, aunque es descanso, fijez, inmortalidad, significa la destrucción de todo lo que poseemos, de todo lo que podemos gozar como un "yo" individual, único» (55).

☆

...Y la muerte es la causa de angustia (56). Así ante la muerte del poeta amigo, la pena abarca a toda la patria, porque el drama de esa muerte se generaliza en desgracia española y universal:

Pero el verso mejor se fue contigo
a una España del Oro, cuyas torres
doradas por la gloria, se proyectan,
cúmulos en el día de un verano,
sin ansias, sin ayer: quieto futuro.
... ...
Y ese más bello canto que contigo
a la entraña se fue de la armonía
donde en amor se buscan las estrellas
será pauta de músicas veladas,
reverterá sobre los campos nuestros
al ritmo de la nueva sembradura,
flameará en poetas solitarios,
atónitos, de pronto, a alto sentido,
y cantará en la sal de nuestros mares,
eterno en ti, sobre mi España entera (57).

En la segunda parte de este poema hay tres motivos:

1) preocupación metafísica ante la muerte (30 versos);

2) la indignación por la indiferencia con que los hombres siguen el tráfago de la vida, pese a la magnitud de la tragedia (22 vv), y

3) evocación que acaso el poeta muerto pueda hacer, desde la ausencia impalpable, de sus paisajes infantiles y adolescentes (hasta el final).

Efectivamente, se da una preocupación ante la muerte. Las que siguen son palabras de Ferrater Mora en *El ser y la muerte* (58): «Mucho de lo que el hombre hace y es tiene lugar en virtud de una

---

(55) L. Díaz Marques: *art. cit.*, p. 252.

(56) M. Jaroslaw Flys *(op. cit.*, p. 32) ha entresacado los verbos de destruccion y muerte que aparecen en *HI:* acabar (7), anegar, aniquilar (3), aprisionar, arder (6), arrancar (6), arrebatar, arrinconar, asesinar (3), atar, atenazar, atormentar (2), atornillar, colgar (3), derrumbar, desarraigar, descuajar, desflecar, desgarrar, desgastar (4), deshacer (5), deshilar, desmantelar, desmoronar, destruir (4), desvanecer, devorar (5), disgregar, disolver, extinguir (3), flagelar, herir (11), hostigar, hundirse (8), incendiar (3), inficcionar, inflamar, inmolar, matar (3), morir (7), oprimir, pudrirse (11), quemar, quebrar, rajar, romper (7).

(57) *ON*, 95.

(58) J. Ferrater Mora: *Op. cit.* p. 189.

decidida intención de traspasar los límites impuestos por la muerte: el hombre es el único ser que ha soñado con ser inmortal». Así llega a resultarnos difícil admitir que el ser humano sólo sea un ser-para-la-muerte. La muerte es una experiencia que provoca aflicción y amargura por un doble capítulo: por la ausencia del ser querido y porque resta perspectivas a quien goza de los placeres que ofrece la existencia. Ante la constatación de la universalidad de la muerte, la vida, tan ardientemente deseada por todos (excepto por los agobiados por ella), es considerada como un bien frágil y efímero. Y la existencia se torna en melancólica, de la que nace, a veces, frente a este destino obligatorio, una resignación desengañada.

La mujer con alcuza va

surcando un mar de cruces, o un bosque de cruces, o una
[nebulosa de cruces,
de cercanas cruces,
de cruces lejanas,

va caminando por los tristes predios de la muerte. Abundan las imágenes tristes y deprimentes, donde este momento es «la esquinada cruel», «el terrible momento del tránsito», «el instante del encontronazo con el camión gris de la muerte»... (59).

CUARTO CONTRASTE (DIALECTICO): PERENNIDAD EN LA MUERTE - INSTINTO DE CONSERVACION

La dialéctica que nutre la poesía de Dámaso Alonso está girando en torno a dos polos: uno consciente (perennidad que se adquiere en la muerte) y otro inconsciente (el instinto de conservación, el cual trata de evitar a toda costa lo que contenga en sí gérmenes de destrucción).

Hay que constar —¡hecho de experiencia!— con que la muerte, «hondo crujir», «espanto mudo» (60) es algo ineludible, inevitable, que producirá en el moribundo y en quienes le rodean un trance de angustia que sólo el tiempo, con la monótona repetición de casos, logrará apagar. Contínuamente estamos despidiéndonos en la vida; son las despedidas una realidad decisiva y dolorosa. Todo adiós lleva en sí algo de la muerte. «Separarse es morir un poco» dice un autor francés. Y esto es algo que no podemos evitar; todos tenemos que encontrarnos alguna vez con esta separación. «Es extraño que la única cosa segura en la vida sea la muerte» escribe Rainer María Rilke.

---

(59) En «Preparativos de viaje», de *HI*, 41.
(60) En «Destrucción inminente», de *ON*, 21.

Estamos rodeados de muerte por los cuatro costados; cáncer, accidentes, infarto, hambre, asesinatos. Por todos los flancos nos asedia este problema capital e inevitable. La muerte es el tema cotidiano que nos acosa y obsesiona, incluso cuando tratamos de rehuirle, esquivarle o aplazarle. Podemos retardar la muerte, pero nunca evitarla. Es un tema que toca en lo más íntimo la raíz del ser y determina la inevitable angustia proveniente de pensar «cómo se pasa la vida/cómo se viene la muerte/tan callando».

Los muertos se quedan con los «ojos abiertos, desmesurados en el espanto último», que es algo irrevocable:

Húndete, pues, con tu torva historia de crímenes,
precipítate contra los vengadores fantasmas,
desvanécete, fantasma entre fantasmas,
gélida sombra entre las sombras,
tú, maldición de Dios,
postrer Caín,
el hombre (61).

El verso final de *Oscura noticia*, que lo es, a su vez, del poema al poeta muerto, adelanta la idea de que la inmortalidad sólo se consigue al otro lado de la muerte: «Ya es sólo para ti: ya siempre tuyo./Siempre. Ya es inmortal...»

Haciendo el poeta un repaso de su obra en este mundo, le habla a Dios sobre la oración por la belleza de una muchacha, en la que le pidió para ella la inmortalidad. Y dice:

Ay, sólo después supe
—¿es que me respondías?—
que no era en tu poder quitar la muerte
a lo que vive:
ay, ni tú mismo harías que la belleza humana
fuese una viva flor sin su fruto: la muerte.
Pero yo era ignorante, tenía sueño, no sabía
que la muerte es el único pórtico de tu inmortalidad (62).

Es aquí donde el autor encuentra un sentido a la muerte, al verla como pórtico de la inmortalidad. Precisamente al no conceder Dios la eternidad en esta vida terrena, alcanzará el ser humano la inmortalidad (¡oh paradoja!):

Mortal belleza eternidad reclama.
¡Dále la eternidad que le has negado! (63).

---

(61) «El último Caín», de *HI*, 54.

(62) «Dedicatoria final (Las alas)», de *HI*, 156.

(63) *ON*, 28. Al llegar a este verso me viene a la memoria la frase de Gabriel Marcel —otro existencialista cristiano—: «Amar a un ser equivale a decir: no morirás». Efectivamente, la fidelidad exige de nuestro subconsciente —siquiera como exigencia mínima— que negue-

Y más tarde:

> *No sabía*
> *que la muerte es el único pórtico de tu inmortalidad* (64).

La quietud, la permanencia es símbolo de muerte, de descanso, de inmortalidad. Esta es la visión cristiana esperanzada ante el drama que produce el desgarrón afectivo de la muerte.

En «El alma era lo mismo que una ranita verde» se vislumbra el más allá, en la imagen de la riada, como «un azar sin nombre», que es Dios. Es la cercanía de la inmortalidad lo que apacigua el terror ante la muerte. Cuando el hombre cree que tras la muerte alcanzará la felicidad eterna, se amaina aquel horror espantoso. Un filósofo agnóstico y Premio Nobel de Literatura, Bertrand Rusell, ha dicho: «La religión alivia en cierto modo los temores de los humanos, aun cuando no puede apaciguarlos por completo» (65).

Cuando dice nuestro poeta: «Madre, no temas. Dulcemente arrullada, dormirás en el bosque el más profundo sueño./Espérame en tu sueño. Espera allí a tu hijo, madre mía» (66), allí está expresada claramente una fe en la supervivencia, una esperanza en el más allá que «no es un mero recuerdo en la mente de un Dios eterno» (67).

No es la muerte el único fruto de nuestra vida; por lo menos aflora un presentimiento de que, más allá de nuestras limitaciones, el corazón tiene que encontrar una perspectiva ilimitada, y así aspira a una realización de sus inconmesurables anhelos hacia algo o alguien que sea la respuesta definitiva a sus preguntas. Esta búsqueda nos lleva hasta el umbral de la fe. Puede adivinarse, en la imagen borrosa, de un ser superior, Dios, escrito con mayúsculas. La fe del cristiano significa y es creer que la vida tiene su futuro, que ofrece una perspectiva, que uno ha sido liberado de sus propias limitaciones, y ver la vida con ojos nuevos, con los ojos de Dios. Para el que sea capaz (y Dámaso es capaz en *Gozos de la vista*) de hacerlo así, la vida adquiere horizontes esperanzadores. El creyente se arriesga a perder su propia seguridad y abandonarse al criterio de Dios. La fe auténtica es un riesgo, un salto decidido, una renuncia a sí mismo para entregarse al otro. Considerada a través de un prisma de fe, la muerte adquiere un sentido. Dirigiéndose a los muertos exclama:

---

mos la muerte de aquellos a quienes amamos. Si, como podemos constatar, la muerte es inevitable, habrá que ampliar la realidad del concepto «muerte» y concluir que el hombre es inmortal, pues tiene prolongación en el más allá: es, por tanto, «existencia de una realidad infinitamente más misteriosa».

(64) «Dedicatoria final (Las alas)», de *HI*, 156.

(65) En *ABC* (suplemento dominical) del 4 de mayo de 1969.

(66) *HI*, 83.

(67) L. Díaz Marques: *Art. cit.*, p. 259.

Ah, pero vosotros no podéis vivir, vosotros no vivís: vosotros sois.
Igual que Dios, que no vive, que es: igual que Dios.
Sólo allí donde hay muerte puede existir la vida,
oh, muertos inmortales (68).

☆

...Y, por otra parte, el instinto de conservación, inconscientemente, nos hace huir de los efectos destructores de la muerte (69). Pero todos sabemos que nuestra huida es infructuosa y que la muerte tarde o temprano, nos arrebatará. Y el instinto de conservación, tiene una realización concreta en el de «prolongación» (pasional, erótico). ¿No eran las tres labores del hombre en esta vida: plantar un árbol, escribir un libro y tener un hijo? «Amor, amor, principio de la muerte». La muerte tiene dos rostros: uno luminoso y otro trágico. Y la muerte está presente allí donde, al parecer, hay más vida: en la cópula amorosa. ¿No se ha llamado al orgasmo «pequeña muerte»?

Y conoció el amor. Vencidos cuerpos
se desplomaban sobre la delicia.
¿Lo fugaz conquistó lo permanente?

Allá abajo, en la veta más profunda
espiaba tu faz inexcrutable.

¡Tú, muerte, tú, el amor; tú, en el amigo;
tú, la melancolía, los presagios,
los tímidos avances temblorosos;
tú, los rojos carbones y las llamas;
tú, el espacio dulcísimo, tú oculta
amante, único amor, eterna amante!
Amó. Gritaba: '¡Vida! ¡Más, más vida!'
¡Amor, amor, principio de la muerte! (70).

El hombre busca su prolongación a través del amor consumativo; cree encontrar «lo permanente» y olvidar «lo fugaz». Y sugiere el poeta que esto es una ilusión porque en el acto de amor por exce-

(68) «En el día de difuntos», de *HI*, 30. Respecto a la idea de que Dios no vive, sino que es, anoto lo siguiente: el autor ha llegado a esta conclusión partiendo del presupuesto de que sólo allí donde hay muerte puede existir la vida; si Dios es inmortal por esencia, no vivirá, será. Interrogado Dámaso Alonso sobre la idea expresada en este verso, ha dicho: «He querido sugerir que Dios sólo vive, lo que se dice vivir, en y por el hombre. No que no exista, sino que no *vive*... La vida es una limitación. Sin la gran criatura suya en que Dios se contempla, la existencia divina sería un vasto aburrimiento.» (Jorge Mañach: *Visitas españolas*, ed. Revista de Occidente, Madrid, 1960, p. 247.) La idea que expone aquí Damaso Alonso es una explicación *a posteriori*, hecha en 1960 al verso de *HI*. Se la puede considerar carente de valor exegético o, por el contrario, la semilla de la que floreciera once años más tarde *HD*.

(69) «La vida es el conjunto de funciones que oponen resistencia a la muerte», ha escrito el médico Xavier Bichet en *Investigaciones fisiológicas acerca de la vida y de la muerte*. (Citado por Pierre Wertheimer en *La muerte y el hombre del siglo XX*, ya citado, en p. 49.)

(70) «A un poeta muerto», de *ON*, 103-104.

lencia (la cópula) está la muerte: según la explicación que acabo de dar o según la consideración de que el amor, al engendrar vida, engendra muerte, porque la vida del hombre es un caminar hacia la muerte (un ser-para-la-muerte). Dijo Freud que «el fin hacia el que tiende toda vida es la muerte». Cuando viene al mundo un niño es muy tentador especular, por medio de horóscopos, sobre su porvenir. Pero sólo una cosa queda clara: ese nuevo ser morirá. ¿Cuándo y en qué circunstancias? Nadie sabe dónde ni cuándo...

Y la muerte hará definitiva la decisión moral básica que el hombre ha realizado en su vida temporal. El gran paso de la muerte —escribe Foillet (71)— se presenta como el fin de la vida; la palabra «fin» tiene dos sentidos: el de término y el de objetivo. La muerte es un término, un punto final. Pero ese punto se llena de sentido, porque significa una conclusión. La muerte se presenta no sólo como una conclusión, sino también como una recapitulación y la consumación de la vida: «La hermosa muerte que cada uno lleva en sí,/es el punto hacia el que todo converge» (Rilke).

Desde el punto de vista teológico, hay que aceptar la muerte como un decreto divino, subrayando la humildad de la condición humana frente a un Dios inmortal: el que es polvo vuelve al polvo. Instintivamente, la vida es una lucha angustiosa para el hombre que tiene que habérselas con la muerte. Buscando el sentido originario de la muerte, tenemos que la experiencia de la misma suscita en el hombre tales resonancias que es imposible reducirla a un mero fenómeno natural, cuyo entero contenido quede agotado por la observación objetiva. No se puede despojar a la muerte de sentido. Contrarrestando con violencia nuestro deseo de vivir, pesa sobre nosotros como un castigo; por eso, intuitivamente, vemos en ella la sanción del pecado. El dominio que posee sobre nosotros tiene, por tanto, valor de signo: manifiesta la presencia del pecado en la tierra. Una vez descubierto este nexo entre la muerte y el pecado, todo un aspecto de nuestra existencia revela nuestra fisonomía. El pecado no es sólo un mal porque es contrario a nuestra naturaleza y a la voluntad divina, sino que además es, para nosotros en concreto, el camino hacia la muerte.

Si no existiese la muerte, esa «matriz del mundo que indefinidamente se fecunda» —según Dámaso Alonso— a través de los seres vivos, no podría engendrar más vida: «¿Qué huerto quieres abonar con nuestra podredumbre...?». Por eso, «sólo allí donde hay muerte puede existir la vida» (72). El hombre no tendría esa apetencia sexual

---

(71) J. Foillet: *Art. cit.*, p. 144.
(72) «En el día de difuntos», de *HI*, 30.

amorosa, que lo lleva a colaborar en la incesante creación; no existiría el amor humano tal como está concebido en la poesía damasiana al menos.

Y la muerte también nos parece amable cuando la contempíamos como una libertadora de la diaria servidumbre de nuestra vida sujeta al dolor y a la constante destrucción, a la acción del odio y de la injusticia. A pesar del entusiamo con que habla de la muerte, la concepción de la misma es negativa. «Podemos afirmar —son palabras de Díaz Marques— que cuando atiende y considera la vida del hombre con sus características tristes imagina un mundo de los muertos con características alegres y positivas y desea morir para instalarse en él definitivamente; cuando escruta la muerte en su realidad misma, se le aparece como algo horrible que hay que procurar huir a toda costa, y se subleva y blasfema contra ese Dios que le ha hecho mortal, lanza improperios contra sí mismo y contra los hombres condenados a morir y contra los hombres que, como Caín, son agentes de la muerte, o contra las fuerzas aliadas de la muerte, como la injusticia y el odio» (73).

CODA

Como ha escrito el profesor Lapesa (74), revelan los escritos de nuestro poeta la cálida humanidad de un ejemplar varón a la vez impulsivo y cauto, irritable y cordial, socarrón y niño, que juega a forjarse leyenda de egoista e interesado, pero se entrega con abnegación y no pone límites a la generosidad, y que afirma con aparente seriedad lo que desmiente con miradas burlonas por encima de las gafas. Un hombre poseído por el contraste (observemos a ese hombre de aspecto exterior tímido y tranquilo con ese alma torturada dada a la exclamación y al grito). Y una obra. Hemos caminado entre contrastes en este capítulo tal como lo había anunciado al comienzo. Estas contradicciones (?) creo que no son más que fruto de las descargas emotivas dominantes en cada momento. La superación de la muerte sólo se da en un hombre con fe. Uno de los mecanismos usados normalmente por la conciencia en la lucha contra la muerte es el recuerdo, en el cual se conserva el objeto arrebatado y al cual se acude en los momentos en que nos invade la angustia de la muerte propia. Sólo la fe nos hace esperar una trascendencia de nuestra vida, al otro lado, en otra parte, y de otro modo. A veces tememos que la muerte sea el fin de todas nuestras esperanzas

(73) *Art. cit.*, p. 254.

(74) Rafael Lapesa: «Dámaso Alonso, humano maestro de humanidades», en *Homenaje universitario a Dámaso Alonso*, ed. Gredos, Madrid, 1969, p. 17.

y la vida no tenga sentido. Pero, a pesar de todo, nuestro corazón aspira a una seguridad perfecta, a un amor permanente, a una felicidad sin límites. Hay en nosotros un sentimiento de estar destinados a algo más apetecible que lo que la vida pueda depararnos; presentimos una inmensidad para nuestro corazón. Sin embargo, nos encontramos ante la seguridad de la muerte, un misterio intolerable al cual no se acostumbra nunca el corazón humano. Y es que la muerte no puede ser humanamente comprendida. ¿Por qué? ¿Porque es absurda o porque constituye un misterio? «Quizá no podamos *comprender* la muerte —escribe el profesor Aranguren— porque ella, o mejor dicho, el misterio de que ella forma parte, el que nos ciñe, desborda y envuelve, porque es el misterio de la muerte el que nos *comprende* a nosotros. La cuestión estriba, pues, en si existe o no un misterio que nos comprenda» (75).

La teología nos enseña que el único que puede quitar a la muerte su fuerza decisivamente angustiosa, y que se la ha quitado, es Cristo; El, con su muerte, ha vencido nuestra muerte. La vida y el sufrimiento, aun ejerciendo su peso sobre nosotros, ya no son fatalidades porque la muerte se ha tornado redentora. Nuestra fe en la resurrección no nos hará insensibles a la muerte, pero sabemos que Cristo ha transformado ese momento dichoso y que no significará el final porque Dios —Cristo es su testigo— puede suscitar de ella la vida. Aunque tengamos que pasar por la muerte, podemos esperar en la Vida.

Según el apostol San Pablo, «ninguno muere para sí mismo, morimos para el Señor». Es esta la clave resolutiva del interrogante; la muerte ¿absurdo o misterio? Porque, en efecto, si muriésemos ante nadie, la muerte sería absurda, ya que nadie le daría sentido. Igualmente sería absurda si muriésemos ante los hombres solamente, porque —en palabras del catedrático J. L. López Aranguren— éstos dispondrían abusivamente de algo que no conocieron más que su exterioridad; dispondrían de una vida muerta.

«Dios nos tiene ante sí enteros, como nadie, ni nosotros mismos, dando el salto de sobrevivirnos a nosotros mismos, podríamos tenernos. Y porque morimos *ante Dios* y hacia Dios, la muerte tiene sentido». Por tanto, no es un absurdo; humanamente misteriosa, pero con un gran sentido teológico.

MIGUEL DE SANTIAGO RODRIGUEZ

Larra, 9
MADRID-4

(75) *Op. cit.*, p. 490.